



El triunfo de la Muerte (De Triomf van de Dood), de Pieter Brueghel el Viejo (1562).
Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/El_triunfo_de_la_Muerte

EDITORIAL**¿EL TRIUNFO DE LA MUERTE?***Yebrail Ramírez Chaves**

No seremos nosotros quienes, ante las feroces amenazas que hostigan a la humanidad como consecuencia de la permanencia del sistema del capital, nos sumemos al coro destemplado y cobarde: *Après nous le déluge!*** Sin embargo, este es el adagio que siguen entonando, desde las cúspides del poder político y económico, las estiradas reliquias de la oligarquía colombiana, que no hacen otra cosa que recordarlo en cuanta tribuna se instalen, ya sea para eludir los dramáticos impactos de la crisis capitalista y de la pandemia en los sectores populares, ya sea ante a su propia incapacidad y desinterés de hacerles frente. En unos casos, el coro se esconde tras los recursos eufemísticos tipo «Todos los colombianos debemos estar unidos», «Juntos podemos salir adelante», «Nuestro comportamiento es el que garantiza que cumplamos con todas las pautas de higiene». ¿Acaso la responsabilidad dirige al estómago como el titiritero al títere? En otros casos, el coro orgulloso y sin maquillaje le cierra las puertas a posibles ceses bilaterales al fuego, se sostiene en la perfidia al acuerdo de La Habana, arroja al basurero las propuestas de renta básica universal y lanza salvavidas a los grandes emporios económicos.

Dado que no fue suficiente acudir implorante a la Virgen del Chiquinquirá, el chambelán Iván Duque, con la astucia de un Polonio, desplegó una estrategia comunicativa y política para felicitar, con una carita verde feliz, a las personas que acaten el estricto disciplinamiento y el estado de excepción, o para reprender, con una carita roja enojada, a quienes no se ajusten al deber de buen ciudadano,

* Grupo de estudio de filosofía y teoría política *Espectros*

** *¡Después de nosotros el diluvio!* Es decir, después de salvaguardar egoísta y sectariamente nuestras existencias, riquezas e intereses, que el resto de la humanidad perezca. La frase es atribuida a Jeanne-Antoinette Poisson, duquesa-marquesa de Pompadour y amante de Louis XV, quien la pronunció al enterarse que las tropas franco-austriacas fueron derrotadas por el ejército prusiano en la batalla de Rossbach, en 1757, durante la Guerra de los Siete Años.

Hoy la tarea consiste, entonces, no en la capitulación en nombre de la paz sino en reavivar, fomentar y acompañar los procesos constituyentes abiertos, en clave anticapitalista. Organizar el desespero, politizar la desesperanza, criticar todos los dogmas

así sea porque la cruda necesidad los conduzca a tener que buscar el pan de cada día. ¡Cuánta estupidez en un acto! En ambos casos, el tratamiento vergonzante es el de un paternalismo ante sus súbditos en minoría de edad, que los ampara solo con el látigo militar mientras entrega los recursos a las mafias y a las trasnacionales. Como si esto fuera poco, seguimos soportando a la pobre viejecita Marta Lucía Ramírez, cuya «trágica» vida la emparejó a ella, junto con su familia, con el narcoparamilitarismo, porque no tenía en nada más que emprender. Ella, una de las más desafinadas pero obstinadas cantoras del coro, alecciona con bondad y rectitud a los pobres por atenidos, irresponsables y poco visionarios al no ahorrar para sobrevivir la crisis.

¿Es esta una desgracia nuestra? Basta con alzar la mirada más allá del provincianismo para advertir que la tozudez del multimillonario Sebastián Piñera está precipitando en el abismo al país que vio nacer a Gladys Marín, que la demencial respuesta de Jair Bolsonaro a la situación inunda de cadáveres y mendigos las tierras de Luis Carlos Prestes, que Lenín Moreno persevera en degenerar a Ecuador a la situación que Eloy Alfaro y el pueblo superaron con tesón y lucha. Hoy el genocida racista Donald Trump tensa al máximo la crisis para lograr recomponer la hegemonía imperialista del norte, mientras el *Black power* lo desafía recorriendo avenidas y pulverizando pedestales.

Las actuales circunstancias revelan los esfuerzos rabiosos por parte del capital de alimentar las expresiones fascistas en lo político y lo social, de endurecer sus reclamos para transferir la carga de la crisis a las clases trabajadoras, de urdir reingenierías en el mundo del trabajo para consolidar la flexibilización laboral, y de blindar las instituciones dominantes. En cada instante es más diáfana la incompatibilidad entre el contenido esencialmente clasista del orden vigente, la forma engañosa con la que se encubre de univeralismo y el proyecto humano de vida. A esto se referían, *mutatis mutandis*, tanto Marx

como Nietzsche con el término *decadencia*, designando y denunciando el orden social moderno, temeroso de sus propias potencias como fuerzas redentoras. Cuando asistimos al diluvio civilizatorio que pende como la espada de Damocles sobre nuestras cabezas, continuar aferrados a los esquemas y mecanismos tradicionales de la práctica política, refugiados en el legalismo y engañados por la ilusión de obtener el beneplácito de la burguesía, sería como enfrentar el temporal con la balsa de los náufragos de la estrategia parlamentarista. Negar la severidad de la crisis es el primer paso para rehuir oportunistamente del diluvio. El segundo es ennoblecer las acciones administrativas en detrimento de la praxis revolucionaria negadora del tutelaje del Estado actual.

Así, junto a la complacencia del progresismo y los alternativos, la obsesiva afirmación de los intereses de las clases dominantes sigue incentivando, al mismo tiempo, el agrietamiento de la mampostería de su sistema eterno, como diría Eric Hobsbawm. Y esta perspectiva se magnifica cuando las manos, las voces y los rostros subalternos no dejan de moverse, asomarse y agitarse entre los escombros y las catacumbas. Se saludan rebeliones populares en el globo, como en los Estados Unidos de América o en Chile, se empuñan las cacerolas o las armas para hacerse oír, se disponen las barricadas para la próxima confrontación, se derriban ídolos, se mantienen o fomentan las asambleas y los espacios de la deliberación. Las existencias plebeyas están reclamando y haciendo. A la par que se intensifica y asciende la lucha de clases, aquellas subjetividades escindidas machacan su condición de simples sufrientes pasivos y rechazan al alma bella pseudo manumisora –en realidad, auténtica Medusa para el espíritu crítico perséico– que pretende asistirlos con el fin de presumir su piadoso y prudente reformismo. Hoy la tarea consiste, entonces, no en la capitulación en nombre de la paz sino en reavivar, fomentar y acompañar los procesos constituyentes abiertos, en clave anticapitalista. *Organizar el desesepero, politizar la*

desesperanza, criticar todos los dogmas. La resistencia de los dominadores no será dócil, su violencia antisubversiva se incrementará, pero las reacciones del pueblo no se caracterizan por ser decentes ni sedosas, y sí por su persistencia, aspereza e ingenio. ¡Esa es la implacable dialéctica histórica de la revolución!

En tiempos de la Peste Negra, el poder clerical y sus feligreses pretendieron hacerle frente mediante rezos, rituales, flagelaciones y pogromos. Los estragos de la Peste anularon la respuesta oficial, pero sirvieron de abono para la crítica al orden establecido de entonces. Una de ellas fue la obra del pintor flamenco Pieter Brueghel el Viejo, *El triunfo de la muerte*, cuadro satírico pesimista, anticlerical y antimonárquico que detalla las desolaciones que dejó en Europa aquella pandemia y la crisis terminal del mundo medieval. Hoy, el triunfo de la muerte no es otro que la permanencia del capital y la continuidad de sus crisis. En estas condiciones la necropolítica seguiría con su desfile campante.

¿Es dable evitar la reedición de un cuadro pesimista semejante? Los daños ya están demasiado avanzados, y las salidas ofertadas solo incentivan la catástrofe. Únicamente con la superación del estado de cosas actual, que sigue siendo deseable, necesaria y posible, la ruina quedará reservada para los responsables de la actual decadencia. El instante histórico contradictorio anuncia la posibilidad objetiva de los cambios radicales, siempre intempestivos, siempre prematuros, disruptivos, dañinos de toda continuidad tranquila del *tempo histórico* del capital. El grito de batalla de Rosa Luxemburg, *socialismo o barbarie*, no es solo un eslogan para recitar *ad nauseam*, sino el dilema real de la existencia humana que puede resolverse exclusivamente por medio de la praxis revolucionaria y la creatividad popular, realizaciones concretas de la mayoría de edad de hombres y mujeres, de la emancipación humana.

